

porque, á pesar de haber maltratado á la augusta cabeza del catolicismo, permaneci6 siempre fiel al principio cat6lico, y porque, como acabamos de oir, *su moderacion en esta ocasion fu6 m6s grande que el celo de sus doctores*. Esto es claro, esto es cierto; todos los doctores est6n de acuerdo en este punto. Pero para acabar de convencernos sobre este importante asunto, debemos a6adir que Luis XIV debi6 esta *fidelidad* al principio cat6lico, y esta *moderacion* en su conducta á Mma. de Maintenon, que aconsejada, inspirada, animada 6 impulsada continuamente por Fenelon, no cesaba de defender ante el Rey la causa del Papa, de despertar en 6l *el amor á la Iglesia*, de acabar la educacion incompleta de este Rey y de *ense6arle los deberes de que no tenia la menor idea*. De modo que la monarquía francesa, engendrada al Catolicismo trece siglos há por el celo de una mujer (*Santa Clotilde*), debe tambien al celo de una mujer haber permanecido cat6lica.

§ LXVI. — Continuacion de la feliz influencia ejercida por Mma. de Maintenon en la c6rte de Luis XIV. — Su actitud caritativa al tiempo de la revocacion del edicto de N6ntes. — Resultados de su celo, de acuerdo con el del Papa, para que se convirtiese á los hugonotes, en vez de perseguirlos. — Horrible retrato de Luis XIV, trazado por Fenelon. — Mma. de Maintenon elevando á Fenelon y protegiéndole contra sus enemigos. — Al sentimiento cristiano de esta matrona debe la literatura francesa las obras maestras de Racine. — Horrible humillacion que Luis XIV hizo sufrir á Bossuet, que tanto le habia exaltado. — Inmensa servidumbre de que se libr6 la Iglesia de Francia por causa de esta misma mujer. — Luis XIV sostenido por ella en sus grandes infortunios y en el momento de su muerte. — Homenaje tributado por el Duque de Borgoña á las virtudes de Mma. de Maintenon.

Uno de los actos m6s memorables del reinado de Luis XIV fu6 la *revocacion del edicto de N6ntes*, que los hugonotes habian arrancado á Enrique IV, y que constituía una nacion dentro de la nacion, un estado dentro del Estado, y una república calvinista dentro del reino cristianísimo, con sus ciudades y sus gobiernos propios. Por este acto, como lo han reconocido los publicistas m6s sabios, aun los mismos protestantes, con Grocio y Sismondi, no hizo otra cosa el gran rey que usar de uno de sus derechos y ejercer uno de sus deberes, el de restituir el 6rden y la unidad á su reino por la unidad de religion. Mas este acto, justo y legítimo como principio, se

hacia odioso por la manera con que se procedia á su ejecucion. Los dragones del Ministro de la Guerra, Louvois, fueron los encargados de convertir á los herejes. El único personaje de la c6rte que lamentaba estos excesos era Mma. de Maintenon. « Vos maltratais á los hugonotes, escribia ella á su hermano. ¡Ay! Apiadaos de esas gentes, m6s desgraciadas que culpables; ellas est6n en el error en que hemos estado nosotros mismos, y del que la violencia no nos hubiera podido arrancar. Es necesario atraer á los hombres por medio de la dulzura y la caridad. » En una carta á Mma. de Saint-Geran le dice ella: « Es necesario no precipitar las cosas; es necesario convertir y no perseguir. » De este modo se expresaba esta admirable mujer, y manifestaba toda la bondad de su corazon y toda la elevacion de su entendimiento, comprendiendo mejor que los hombres la verdadera doctrina del Evangelio. Ella se affigia de no poder hacer todo lo que deseaba en este particular, porque, como se queja ella misma, habiendo sido calvinista en su infancia, sospechaban de su celo y le echaban en cara á cada momento que amaba á sus antiguos correligionarios.

El papa Inocencio XI no aprobaba tampoco los rigores de Luis XIV con los protestantes de su reino. Por consiguiente, haciéndose Mma. de Maintenon el eco de las quejas del Soberano Pontífice y el ministro de sus sentimientos, se vali6 de todo el ascendiente que tenia con el Rey, con quien acababa de desposarse, para dulcificar la suerte de los proscritos y para que se les convirtiese al Catolicismo por medio de la predicacion. Á instancias de ella fueron alejadas las tropas del Poitou y de todas las demas provincias donde habia hugonotes, y fueron enviados á ellas Fenelon, Bourdaloue, Langeron, Fleury y un gran número de padres jesuitas para convertirlos. Dios bendijo estas misiones. « Las conversiones, dice Sismondi, no se hicieron ya individualmente, sino por ciudades enteras. » En poco tiempo todo el Bearn fu6 convertido, así como las dos ciudades capitales del protestantismo frances, La Rochela y Montauban, y las ciudades de Gap, de Embrund, de Castres, de Lunel, de Uzes, de Nimes, de Montpellier y de Grenoble. Pues bien, en 1680 el número de los protestantes en Francia era de uno ó dos millones. De este número, segun lo que dice el Duque de Borgoña, que habia compulsado todas las listas, de sesenta y siete á sesenta y ocho mil personas de todas edades fueron



las únicas que no se conformaron con las disposiciones de la *revocacion del edicto* y emigraron al extranjero; las demas se hicieron católicas y permanecieron en Francia, por las medidas de dulzura que Mma. de Maintenon, secundada por Fenelon, compañero de su celo y depositario de sus penas y de sus dolores, habia conseguido hacer que se adoptasen. ¡Ved aquí, pues, cerca de dos millones de ciudadanos conservados á la patria, y otros tantos hijos engendrados á la Iglesia por el buen espíritu y el celo de una mujer!

Si Mma. de Maintenon debió mucho, como hemos visto, á las instrucciones y á los consejos de Fenelon, Fenelon debió tambien mucho al alto aprecio y al reconocimiento que esta señora le conservó siempre. Por intercesion de ella confió Luis XIV á este grande hombre la educacion de sus nietos, los Duques de Borgoña, de Anjou y de Berry, lo cual le dió ocasion para escribir su obra maestra de política cristiana, titulada *Direccion de la conciencia de un rey*, y otras muchas obras, que le han hecho tan célebre. Por causa de ella fué elevado tambien á la silla de Cambray, que él santificó con su celo é ilustró con la grandeza de su nombre. De los hombres distinguidos de la córte de Luis XIV, Fenelon fué el único que no se dejó deslumbrar por el prestigio de la gloria de aquel monarca; el único verdadero israelita que no adoraba más que á Dios, miéntras que todo el mundo doblaba la rodilla anté Moloch, y el único que comprendió y profetizó los males inmensos que aquel reinado, de apariencias cristianas y de principios paganos, habia de atraer sobre Francia en un porvenir no muy lejano. Él hizo más aún: en el año de 1695 tuvo el valor, propio de un obispo católico, de escribir á aquel rey extraviado una terrible carta en la que trazó el verdadero retrato de Luis XIV y de su gobierno, que puede resumirse en estas pocas palabras: «Señor, vos no sois más que un miserable, rodeado, adulado y gobernado por otros seres mucho más miserables que vos (1).» La córte no le perdonó

(1) Ved aquí algunos rasgos de esta carta, que coloca á su autor al lado de San Ambrosio, de San Basilio y de San Juan Crisóstomo: «Vos habeis nacido, señor, con un corazon recto y equitativo; pero los que os han educado no os han dado por ciencia de gobernar más que la desconfianza, los celos, el alejamiento de la virtud, el temor de todos los méritos brillantes, el afecto á los hombres bajos y aduladores, y el cuidado y la atencion á vuestro exclusivo interes. En el espacio de treinta años vuestros principales ministros han trastornado todas las antiguas máximas de Estado, para encumbrar hasta lo sumo

jamás esta carta, capaz por sí sola de desvanecer las preocupaciones y las ilusiones con que procuraba adormecer al monarca. Una verdadera conspiracion se formó contra el más bello carácter de su siglo. No encontrando con qué poder acriminar su conducta, se dirigieron contra sus doctrinas, y por causa de su libro *Sobre las máximas de los santos*, se le persiguió encarnizadamente, se le quiso hacer pasar por un hereje; se denunció su libro ante ese tribunal de Roma, cuya autoridad se acababa de declarar que no se conocia en Francia, y se le persiguió con tanto encarnizamiento, que la Santa Sede, á pesar de que condenó el libro, vengó y canonizó en cierta manera á su autor, dirigiendo estas memorables palabras á los eclesiásticos que se habian hecho sus acusadores: «Él ha errado sin duda, pero ha sido por un exceso de amor de Dios; pero vosotros sois mucho más culpables, porque habeis pecado por falta de

vuestra autoridad, que se ha hecho suya, porque se halla en sus manos. No se ha hablado más del Estado ni de las reglas, sólo se ha hablado del Rey y de su voluntad. Se os ha elevado hasta el cielo por haber oscurecido, como dicen, á vuestros predecesores, por haber empobrecido la Francia entera para introducir en la córte un lujo monstruoso é incurable. Ellos han querido elevaros sobre las ruinas de todas las clases del Estado; como si vos pudieseis ser grande arruinando á todos vuestros súbditos, sobre quienes está fundada vuestra grandeza... Vuestros ministros no os hablan sino para apartar de vos todo mérito que pudiera hacerles sombra. Ellos os han acostumbrado á recibir continuamente alabanzas exageradas, que llegan hasta la idolatría, y que vos hubierais debido, por vuestro propio honor, rechazar con indignacion. Ellos han hecho vuestro nombre odioso á toda la nación francesa é insufrible á todas las naciones vecinas... Es necesario, señor, remontarse hasta el origen de la guerra de Holanda para examinar delante de Dios todas vuestras conquistas. Es inútil decir que ellas eran necesarias al Estado. Los bienes de otros jamás nos son necesarios; lo que nos es verdaderamente necesario es observar una estricta justicia... Esto basta, señor, para reconocer que habeis pasado vuestra vida entera fuera del camino de la verdad y de la justicia... Vuestros pueblos, á quienes deberiais amar como á vuestros hijos, y que se han mostrado hasta ahora tan amantes de vos, mueren de hambre. El cultivo de las tierras está casi abandonado, las ciudades y las aldeas se despueblan, todos los oficios se hallan en decadencia y no pueden sostener á los operarios, el comercio está aniquilado, vuestras victorias y vuestras conquistas no regocijan ya al pueblo; él está lleno de amargura y de desesperacion. Se premia á los que sería necesario castigar.

» Vos no amais á Dios, ni le temeis sino con un temor de esclavo... Vuestra religion no es más que una supersticion. Vos sois como los judíos, de quienes dijo Dios: — Miéntras que me honran con los labios, sus corazones



amor del prójimo: *Erravit ille excessu amoris divini, peccastis vos defectu amoris proximi.*» (*Brev. Innocent. XII.*)

Pues bien, en medio de esta persecucion y de los disgustos de toda especie que abrumaban á Fenelon, la única persona que encontró en la corte en su favor fué Mma. de Maintenon, que continuó estimándole, que le protegió contra el furor de tantas vanidades humilladas, que le consoló y consiguió que se le dejase tranquilo haciendo el bien de su diócesis.

La Francia literaria debe tambien á esta admirable mujer algunas de las obras maestras de su literatura. Habiendo conservado ella sola el sentimiento cristiano en medio de una corte que no respiraba más que paganismo (testigo el palacio de Versalles y su parque), tuvo horror á la doctrina de Boileau, de que *la poesía no*

están léjos de mí. — Vos sois escrupuloso sobre bagatelas y endurecido sobre males terribles. Vos no amais más que vuestra gloria y vuestra comodidad. Vos lo referis todo á vos mismo, como si fueseis el Dios de la tierra y como si todo hubiese sido criado para ser sacrificado á vos. Por el contrario, Dios os ha mandado al mundo sólo para bien de vuestro pueblo. Pero ¡ay! vos no comprendéis estas verdades; y ¿cómo las habeis de aprobar? Vos no conocéis á Dios, ni haceis por conocerle. Vos teneis un arzobispo (monseñor de Harlai) corrompido, escandaloso, incorregible, revoltoso, artificioso, enemigo de todas las virtudes y que hace gemir á todas las personas honradas. Vos estais contento con él, porque no piensa más que en complaceros con sus adulaciones. Ya hay más de veinte años que, prostituyendo su honor, goza de vuestra confianza. Vos le dejais que tiranice la Iglesia. Vuestro confesor (el P. La-Chaise) no es vicioso, pero teme á la sólida virtud y no ama más que á las personas profanas y relajadas. Vos habeis realzado su autoridad todo lo posible. Vos sois el único en Francia, señor, que ignora que él no sabe nada, que su talento es corto y tosco, y que no deja de tener su artificio con su rusticidad de espíritu. Los jesuitas mismos le desprecian... Él nada sabe relativamente al hombre, como tampoco de ninguna otra cosa. Él es el juguete de todos los que le adulan y le hacen algunas dádivas... Él obra atrevidamente sin temor de extraviaros; él prepondera siempre á la relajacion y á manteneros en la ignorancia. Por consiguiente, un ciego es el que conduce á otro ciego (y caerán los dos en el hoyo). Madama de Maintenon y el Duque de Beauvillers... ¿de qué sirven, si no os muestran que debeis restituir los países que no son vuestros, preferir la vida de vuestros pueblos á una falsa gloria, reparar los males que habeis hecho á la Iglesia y procurar hacerlos un verdadero cristiano ántes que la muerte os sorprenda?» (*Œuv. compl. de Fenelon*, tomo VII, lettres diverses.) Por la mitad de esto se podia ahorcar á un hombre sin hacerle la menor injusticia. ¡Ved aquí, sin embargo, lo que, según Fenelon, fué Luis XIV!

puede pasar sin la mitología, y preguntó á Racine si no sería posible conciliar la poesía y la música con la piedad; porque ella queria que las jóvenes de Saint-Cyr aprendiesen algunos versos, pero versos cristianos. Racine era un hombre demasiado grande y demasiado buen cristiano para no ver que el juicio de esta mujer sobre el asunto en cuestion era más justo que el del Juvenal frances; él respondió, por consiguiente, que sí, y con este fin compuso su *Ester* y su *Atalia*. Racine, para complacer á esta mujer cristiana, compuso tambien sus *Cánticos*, sacados de la Escritura Santa, tan notables por la elevacion de los pensamientos como por la elegancia del estilo y los encantos de la más deliciosa poesía (1).

Finalmente, el mismo Bossuet debió tambien mucho á Mma. de Maintenon. En su *Política sacada de la Escritura* habia tenido este grande hombre la desgracia de olvidarse de sí mismo hasta el punto de escribir el pasaje siguiente, que todo es ménos *sagrado*: «Cuando el príncipe ha juzgado, no hay lugar á otro juicio. Nadie tiene derecho de juzgar despues de él. Es necesario, pues, obedecer á los príncipes como á la *justicia misma*. El príncipe puede enmendar lo que él mismo ha hecho, cuando conoce que ha hecho mal; pero contra su autoridad no puede haber remedio sino en su autoridad.» (Lib. IV, art. 1.º) Esto era decir, en otros términos, que el soberano cristiano no tiene más regla suprema de su conducta que su voluntad; esto era introducir en Francia el derecho público de Mahomet II y de Enrique VIII. Por consiguiente, si habia un hombre digno de las mayores consideraciones de parte del poder secular, áun prescindiendo de su genio y de sus méritos, era Bossuet, que habia hecho de él tan grande apoteosis, y que, como él mismo nos asegura, habia estado sumiso y obediente á él

(1) Luis XIV quiso oír muchas veces estos cánticos, y la primera vez que oyó cantar estas palabras:

¡ Dios mio, que guerra tan cruel!  
Yo encuentro dos hombres en mí:  
El uno quiere que, lleno de amor por TI,  
Mi corazon te sea siempre fiel;  
Y el otro á tu voluntad es rebelde,  
Se rebela contra tu ley;

se dirigió á Mma. de Maintenon y le dijo: «Señora, ¡ved aquí dos hombres á los que yo conozco bien!»



hasta el punto de comprometer su dignidad y sus deberes. El experimentó, sin embargo, una suerte absolutamente contraria, y fué el primero que sufrió los efectos de derechos exorbitantes que habia reconocido en este mismo poder, en materia de religion. En virtud de las *libertades de la Iglesia galicana*, que se acababan de proclamar bajo la proteccion de Bossuet, un dia el canciller de Francia, en nombre del Rey, hizo prohibir la impresion de las obras de Bossuet, ántes que hubiesen sido sometidas á la censura. Bossuet se resintió profundamente de ello. «¿Cómo, exclamó, habiendo ya de treinta y cuarenta años que defiendiendo la causa de la Iglesia contra toda especie de errores, en cuyo tiempo cinco cancilleres consecutivos jamas me han sometido á ningun exámen, y ahora, bajo un canciller que me honra con su amistad, se me ha tratado como jamas me han tratado los otros? Es una desgracia para mí ser el primero de los obispos en cuyos libros aparezca este testimonio de exámen. Esta nueva precaucion hará decir que mi doctrina comienza á ser sospechosa.» (*Euvr. complètes de Bossuet*, tomo xxvi, edicion de Versalles.)

Pero es necesario hacer á Bossuet la justicia de que si en esta ocasion exhaló las quejas más amargas, no fué tanto por el interes de su reputacion cuanto por el interes de la libertad de la enseñanza, propia de los obispos y de la Iglesia. «Pero el mayor mal, añade, es que esto no será más que un paso para poner á los demas obispos bajo el yugo..... Es una extraña opresion la de atarles las manos en lo que concierne á la fe, que es lo esencial de su ministerio y el fundamento de la Iglesia. El Evangelio se hará lo que ellos quieran, y muy pronto no lo tendrán en cuenta para nada.» En una carta al cardenal de Novailles dice Bossuet lo siguiente: «Yo disimulé la primera injuria de ponerme un examinador, con el objeto de apresurar la impresion: ésta se ha concluido; pero me hacen otra injuria en querer que el testimonio del examinador vaya al frente de la obra. Esto es, monseñor, lo que no consentiré jamas, porque es una injuria que se hace á todos los obispos, á quienes se quiere poner bajo el yugo en el punto más esencial de su ministerio, que es la fe.» Bossuet dirigió despues cinco memorias consecutivas al Rey, en las que es muy sensible que el ardor del celo contraste singularmente con una humildad más que heroica y una eleccion más que extraña de las expresiones. Él dice al Rey:

«Dejad la reputacion sana é íntegra á un obispo que ha encanecido en la defensa de la verdadera fe y en el servicio de V. M..... Se quiere quitar á los obispos el medio de combatir el error con una doctrina sana, y el derecho de enseñar á sus pueblos por escrito, como lo hacen de viva voz, y quieren comenzar por mí á establecer esta servidumbre. Nos es sensible importunar á V. M. con nuestras razones; pero ¿á quién ha de recurrir la Iglesia sino al Príncipe, por quien tiene la conservacion de sus derechos sagrados, sin los que no habria religion sobre la tierra? (¡No se hubiera escrito de otro modo al Rey-papa de Inglaterra!) No tememos desagradar á V. M. suplicándole de rodillas, como lo hacemos, que nuestra sentencia proceda de vuestro trono y salga de vuestra misma boca. Nos atrevemos á decir en presencia de V. M., que nos representa á Aquel de quien somos ministros, que nada hay que pueda echarse en cara.»

Á todas estas representaciones y á todas estas súplicas, el Príncipe, *conservador de los derechos sagrados de la Iglesia, y representante de Aquel de quien los obispos son ministros*, hizo responder con un acuerdo irrisorio y aún insolente. Se acordó que respecto á las pastorales, á las censuras y los demas autos auténticos, podian los obispos hacerlos independientemente del poder temporal, con la condicion de que fuesen manuscritos, y que sólo se les sujetaria á censura cuando fuesen impresos. Y sobre este particular volvió Bossuet á dirigirse al Rey, diciéndole: «Señor, si esto es así, de dos cosas una: ó que la Iglesia se vea privada ella sola del auxilio y de la comodidad de la impresion, ó que la compre, sometiendo sus decretos, sus catecismos, y hasta sus misales y breviarios, y todo lo que la religion tiene de más íntimo, al exámen de los magistrados. Cada particular hace imprimir sus actas para distribuirlas entre sus jueces, y ¡no há de poder la Iglesia hacer imprimir sus instrucciones y sus oraciones para hacerlas distribuir entre sus hijos y sus ministros!» El grande hombre tenía razon; pero le dejaron gritar, y la Iglesia galicana iba á insertar esta inmensa servidumbre entre sus *libertades*. Felizmente Luis XIV tenía á su lado una mujer católica, Mma. de Maintenon. El obispo de Meaux se dirigió á ella con una carta, en la cual la suplicaba *de rodillas*, y esta mujer, tan sabia como celosa, hizo comprender las razones del prelado á su regio esposo, y alcanzó de él lo que ningun hombre habia podido



alcanzar: que desistiese de su pretension sacrilega de someter á los magistrados legos la enseñanza de la Iglesia. Por consiguiente, también á la mujer católica debe la Iglesia de Francia la preciosa libertad que todos los gobiernos regulares, desde entónces hasta nuestros días, le han reconocido, de combatir los errores y enseñar á los pueblos.

La Providencia, que castiga á los hombres á quienes quiere salvar por donde más han pecado, acabó por humillar la vanidad de Luis XIV y por someter su corazón á las más duras pruebas. Siendo conquistador, se vió arrancar sucesivamente casi todas sus conquistas; siendo padre, vió á la muerte arrebatárle despiadadamente casi todos sus hijos y sus nietos. El fin de su largo reinado fué como un tiempo marcado por la humillacion y el dolor, tanto como el principio de él lo habia sido por la gloria y los placeres. En medio de estos grandes infortunios, sólo encontró el consuelo en la adhesion sin límites de su esposa y en los sentimientos de resignacion cristiana que ella le inspiraba. En su última enfermedad, abandonado de todos, sólo tuvo á su lado á Mma. de Maintenon, prodigándole los cuidados más afectuosos y más heroicos que reclamaba su alma abatida, lo mismo que su cuerpo, que habia caido en una disolucion. Y por las delicadas atenciones de esta mujer murió Luis XIV, como verdadero cristiano, fortalecido por los auxilios de la religion, y como verdadero héroe, con un valor de espíritu despojado de toda ostentacion, separándose de las grandezas sin echarlas de ménos, y mirando la muerte sin temor. Este valor llegó hasta el punto de confesar públicamente sus faltas; porque, abrazando á su sucesor, de cinco años de edad, le dijo: «Hijo mio, yo te encargo que alivies á los pueblos, y que no me imites en mi pasion por la gloria, por la guerra y por los palacios.»

Apénas Luis XIV dió su último suspiro en los sentimientos de la más grande piedad, cuando Mma. de Maintenon exclamó: «Sea Dios bendito; mi mision ha terminado.» Ella abandonó al momento la corte y fué á encerrarse en su casa querida de Saint-Cyr, donde acabó sus días en los ejercicios de la humildad, de la caridad y de la religion. Tal fué Mma. de Maintenon en la corte de Luis XIV, y tal ha sido y será siempre en la corte la mujer verdaderamente católica; porque el Catolicismo le revela el secreto de su mision y

la extension de sus deberes, y le da el valor y la fuerza necesaria para cumplirlos (1).

§ LXVII.—La corte de Luis XV más lamentable que la de Luis XIV.— La reina Maria Leczinska, encargada por Dios de perpetuar en ella las tradiciones de la castidad y de la fe de las princesas de Francia.— Amor de esta Reina á su pueblo, y su caridad inagotable con los desgraciados.— Santidad de Enriqueta, su hija.— Maria Luisa de Francia haciéndose religiosa carmelita para expiar los pecados de su padre.— Circunstancias patéticas de su profesion religiosa.— Las princesas Adelaida y Victoria de Francia son también unas santas, lo mismo que el Delfin su hermano.— Contraste singular de esta familia de santos, modelos de todas las virtudes, al lado de Luis XV, infestado por todos los vicios.

Ya hemos visto lo que, segun Fenelon, fué el reinado de Luis XIV. Pues bien, el reinado de su nieto, Luis XV, fué todavía peor: el mismo libertinaje, el mismo egoismo, la misma indiferencia respecto á los sufrimientos del pueblo, con el espíritu filosófico de más, y cierta grandeza y cierta dignidad y la grande literatura de ménos. Prostitutas innobles y descarados incrédulos se divertian en arrastrar por el fango la corona de San Luis y en minar los fundamentos del trono y el altar, y el moderno Sardanápalo presenciaba, con la sonrisa de la estupidez en los labios, aquellas repugnantes orgias, aquellas farsas sacrilegas, aquella horrible demolicion,

(1) Ved aquí el retrato que el virtuoso y sabio Duque de Borgoña, el discípulo de Fenelon, hizo de la esposa de su abuelo, á vista de la cual se habia criado él en la corte: «Madama de Maintenon, dice, es una mujer á quien la Providencia eleva sobre su estado, y que no se desconoce á sí misma; una mujer que se ve en el colmo del favor y no tiene ambicion; que sólo tiene riquezas para socorrer á los desgraciados, y crédito para protegerlos; una mujer que sólo da consejos llenos de sabiduria, y que, sin embargo, teme dar consejos; que sería capaz de conducir los más grandes negocios, y que no ve ningun negocio para sí misma más que el de su salvacion.» (Feller, Art. *Maintenon*.)

Sus cartas, aunque alteradas en muchos puntos por La Beaumelle, que fué el primero que las dió á luz, no por eso dejan de ser notables, aun al lado de las de Mma. de Sevigné. Su estilo, preciso y severo, es, dice Feller, más bien el de un autor, y un autor bueno, que el de una mujer. *Su historia*, lo mismo que las *Memorias para servir á su historia*, son unos disfraces indignos del noble carácter de esta mujer sublime. Ella era ante todo cristiana, y ya sabemos que, con el fin de despreciar la religion y la piedad, los escritores de la revolucion no han perdonado á ningun héroe del Cristianismo.